

TEMÁTICA DE LA OBRA DE MIGUEL HERNÁNDEZ

MARÍA LOURDES DOMÉNECH ALONSO

La obra del gran poeta de Orihuela gira entorno a tres temas básicos: la vida, el amor y la muerte. Estas tres heridas que marcan al poeta son en realidad una sola a fin de cuentas.

Llegó con tres heridas:

*la del amor,
la de la muerte,
la de la vida.*

Con tres heridas viene:

*la de la vida,
la del amor,
la de la muerte.*

Con tres heridas yo:

*la de la vida,
la de la muerte,
la del amor.¹*

LA VIDA

Las circunstancias de la vida han influido decisivamente en la vida de todos los escritores a lo largo la historia. Pero el caso de Miguel Hernández es sorprendente por lo inesperado de su resultado. En él se reunían todos los requisitos para convertirlo en un fracasado, un perfecto don nadie, tanto por la situación económica precaria de su familia como por la falta de apoyo moral, que más que falta de aliento fue

¹ Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia: *Miguel Hernández, obra poética completa*, Alianza Editorial, Madrid, 1982.

oposición absoluta. Sin embargo su tenacidad y su capacidad de superación lo convirtieron en uno de los genios más grandes de la poesía contemporánea.

Miguel Hernández Gilabert nació en Orihuela (Alicante) el 30 de octubre de 1910. Fue el segundo hijo varón de una familia numerosa y humilde. Su padre era tratante de cabras, propietario de un pequeño rebaño. El matrimonio tuvo además dos hijas. Tres más murieron de muy niñas. En semejante familia un hijo con vocación artística resultaba incómodo.

La infancia fue realmente dura para él. Su padre le pegaba si lo encontraba leyendo. Criado en el campo y sin cultura hubiera sido un milagro que admitiese de buena gana un hijo poeta. Para poder entender de dónde surgieron los apasionados sentimientos que refleja en sus poemas podemos leer el testimonio de Carlos Fenoll, amigo desde niño, que nos explica como transcurrió su infancia en la familia:

“La infancia de Miguel fue muy desabrida. La madre sufría consunción, era una mujer huidiza, pálida, atemorizada, mártir del marido, sufría horrores en silencio. Miguel experimentó tanta hambre de amor, tanto vértigo de que se lo pudiera negar que lo valorizó tan tremendamente por haberle faltado. Desorbitaba por eso las cosas furiosamente. Tanto llegó a sufrir por falta de comprensión y de cariño que llamaba padre y madre a los Sijé. La vida le vertió desgracias y muerte; sin embargo su sentido natural auténtico, su genio, era sentido de humor y de bromas más que tragedia”².

En una carta del poeta a su esposa ya en plena madurez todavía recuerda los dolorosos malos tratos paternos:

“Lleva cuidado con los golpes en la cabeza, que lo que yo he tenido y tengo de cuando en cuando, me dicen los médicos que es debido en parte a los muchos golpes que he llevado en la cabeza de pequeño”³.

Cursó estudios primarios en las Escuelas Avemaría y, más tarde, durante ocho años pasó al Colegio Santo Domingo, de la Compañía de Jesús. A los quince años, las necesidades económicas de la familia requieren el trabajo del jovencísimo Miguel. Desde entonces, se le suele ver yendo o viniendo por la típica calle de Arriba, conduciendo su rebaño y con libros y una libreta debajo del brazo. Haber dejado los

² Marie Chevalier: *Los poemas poéticos de Miguel Hernández*, Siglo Veintiuno editores, S. A., Madrid, 1978.

estudios en nada cortó vocación y afanes literarios, aprovechando esas horas perdidas en el campo para la lectura apasionada de cuanto libro cae en sus manos y, a la vez, empieza a escribir sus primeros poemas con ilusión. Con gran esfuerzo de autodidacta, y sufriendo a menudo la incomprensión de los suyos, su formación se va concretando. Muy especialmente don Luis Almarcha -canónigo, amigo de la familia- orienta las lecturas de Miguel, que van de Virgilio a San Juan de la Cruz. Al tiempo, el joven Miguel se va incorporando a la vida cultural oriolana. Acude con entusiasmo a la tertulia de los “poetas del horno”, donde se reunían Carlos y Efrén- los dueños-, Ramón Sijé y su hermano Gabriel. Ramón Sijé, joven estudiante de derecho en la universidad de Murcia, le orienta hacia los grandes autores, le guía hacia los clásicos y la poesía religiosa, le corrige y le alienta a proseguir su actividad creadora. El joven pastor va llevando a cabo un maravilloso esfuerzo de autoeducación con libros que consigue en la biblioteca del Círculo de Bellas Artes. Poco a poco el autor primerizo, alentado por sus amigos y consejeros, va escribiendo sus poemas. Esos textos empiezan a publicarse en la prensa local -El Pueblo- y provincial -El Día- de Alicante.

En el joven Miguel influyen la luz y el color de la huerta. En medio de la naturaleza contempla maravillado sus misterios: la luna y las estrellas, la lluvia, las propiedades de diversas hierbas, los ritos de la fecundación de animales. Y todo ello lo describe de forma magistral en sus poemas, siempre con cierto aire barroco al más puro estilo gongoriano.

Con veintiún años, y manifestada ya su pasión literaria, al joven Miguel le ahoga cada vez más el pueblo de Orihuela y sueña con Madrid. Así, a finales de 1931 viaja ilusionado a la capital en busca de triunfos. Esa primera estancia- apenas medio año- acaba con dolorido fracaso. Tras esa decepción madrileña, su regreso a Orihuela representa todo un éxito en todos los planos de su historia personal. De un lado, en el campo laboral, con sus trabajos en una mercería, primero, y después en una notaría; en el plano literario, con una intensa labor de creación que se concreta con la publicación del primer libro de poemas, *Perito en lunas* y en la redacción del auto sacramental *La danzarina bíblica*. Por fin, y en el plano sentimental, su encuentro y sus relaciones con Josefina Manresa, una joven a la que descubre en un taller de costura, y que desde el primer instante se va a convertir en centro ilusionado de su vida. En la primavera de 1934, Miguel vuelve a abandonar el pueblo y se lanza a una nueva aventura en Madrid. Por

³ *Ibid..*

suerte, en esta segunda estancia las ayudas no le faltan: José María de Cossío lo emplea como secretario y le encarga labores de documentación para la obra *Los toros*, y José Bergamín le publica en la prestigiosa revista Cruz y Raya, en sus números 16-18, su auto sacramental, que sale bajo el título de *Quién te ha visto y quién te ve, y sombra de lo que eras*. Pero no por ello olvida sus lazos con Orihuela; allí están su amada Josefina, y su gran amigo Ramón Sijé. 1935, su segundo año en Madrid, representa un momento importantísimo en su vida. Metido ya en el mundo literario, abierto a nuevas y atractivas relaciones (Alberti, Lorca, Cernuda,), sus horizontes se ensanchan. Pero para Miguel esa nueva experiencia finaliza con dolor; una compleja crisis ideológica y sentimental se apodera de él, y muy sentidos sufrimientos dejan en él honda huella. Poco a poco amor y amistad parecen enfriarse, y las imágenes de Josefina y de Ramón Sijé pierden intensidad. Desgraciadamente, el año se cierra con la muerte repentina del amigo, y dolor y remordimiento se aúnan en el corazón del poeta. En los comienzos de 1936, la publicación de *El rayo que no cesa* - señal ya de primera madurez- confirmará con qué gran autenticidad vivió esas fases del amor y la amistad

Cuando España se ve metida en la tragedia de la guerra civil (1936-1939), Miguel Hernández va a actuar en la batalla movido por dos cualidades muy suyas: lealtad y generosidad. Leal a las ideas en que cree, se alista como voluntario al Quinto Regimiento, pasa luego al batallón de El Campesino, y va a estar presente en los más duros frentes de batalla. Entrega sin vacilación su mejor arma, la palabra; actúa como Comisario de Cultura, participa en las actividades del Altavoz del Frente, deja su firma en todas las publicaciones de guerra. Toda su creación literaria se convierte en arma de denuncia, instrumento de lucha a veces entusiasta, y a veces desesperada. Vive con ilusión exaltada los primeros tiempos, escribe *Viento del pueblo* y publica también un intenso melodrama de contenido social, *El labrador de más aire*, así como las cuatro piezas breves de teatro en la guerra: *La cola*, *El hombrecito*, *El refugiado* y *Los sentados*. Además, participa activamente en el Congreso Internacional de Escritores Antifascistas, y va en visita oficial a la Unión Soviética.

Ya en el plano íntimo, dos acontecimientos lo convierten en un hombre feliz: su matrimonio con Josefina Manresa y el nacimiento de su primer hijo, Manuel Ramón. Pero la ilusión pronto acaba, y la alegría da paso al dolor. Cada vez más encarnizada la guerra, violentas batallas rompen la España republicana y, a medida que va terminando 1938, cunde una dramática sensación de hundimiento; ya en el

límite de las esperanzas, la muerte de su hijo abre otra herida en el corazón de Miguel. Tantas desdichas, que dejarán graves huellas en *El hombre acecha* y en los poemas que escribe para el proyecto de *El Cancionero*, sólo tendrán un alivio con el nacimiento de su segundo hijo, Manuel Miguel. Pero los acontecimientos se precipitan, y con el final de la guerra, tras acercarse a Orihuela huye a Sevilla, a Huelva y, temiendo lo peor, trata de pasar a Portugal. Devuelto a la Guardia Civil, inicia su calvario de presidios: la prisión de Torrijos y la del Conde de Toreno. Juzgado en consejo de guerra, se le condena a pena de muerte, luego conmutada por cadena perpetua. Pasa por los penales de Palencia y Ocaña, y termina en el reformatorio de adultos de Alicante. Enfermo gravemente desde finales de 1941, un largo y lento suplicio lo va consumiendo. Muere el 28 de marzo, cuando, allá por su huerta del Segura, la primavera florecía en sus queridos campos oriolanos. Él ya no la vio.

Miguel, con un humor entre amargo y tierno, escribe a su esposa el 12 de septiembre de 1939 una carta conmovedora, que nos muestra la profundidad de los sentimientos en que nacieron tantos poemas impresionantes entre ellos *Nanas de la cebolla*.

*“Estos días me los he pasado cavilando sobre tu situación, cada día más difícil. El olor de la cebolla que comes me llega hasta aquí y mi niño se sentirá indignado de mamar y sacar zumo de cebolla en vez de leche. Para que lo consueles te mando esas coplillas que le he hecho, ya que para mí no hay otro quehacer que escribiros a vosotros o desesperarme.”*⁴

EL AMOR

Miguel Hernández fue un hombre con un impulso sexual muy fuerte, por otro lado desde muy joven poseía una profundas creencias religiosas. Ambas tendencias tan contradictorias lo hundieron en un grave dilema que debatió en sus poemas con un gran sufrimiento.

Los poemas de amor podemos distinguir cuatro etapas bien diferenciadas:

- 1- Amor a Dios.
- 2- Atracción sexual.

⁴ Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia: *Op. cit.*.

3- Amor humano pero espiritual, púdico.

4- Pasión y dolor de desamor.

1- El primer objeto de amor fue el Dios de un catolicismo que daba una importancia

fundamental a la castidad y el castigo olvidándose de la caridad. La imagen del Dios perfecto en el que creía de niño se enturbia por el castigo de poseer un cuerpo que es impuro por naturaleza. Dios hiere al hombre con unas necesidades físicas que lo llevan al pecado. Este primer sufrimiento orienta, ya desde 1934 y de forma definitiva, la obra del poeta.

Ya desde los primeros poemas juveniles, las partes ocultas del cuerpo y las ropas que las cubren parecen obsesionar al poeta. La violencia de la tentación será el tema único de un bello poema sombrío, *Primera lamentación de la carne*, en el que los acentos de sinceridad llegan a la desesperación. El adolescente inocente se ha vuelto cristiano atormentado, lleno de remordimiento y abocado al pecado. El mundo entero se hace entonces lugar dolorosamente agitado por un combate entre el alma y la carne. En cuanto a él, Miguel Hernández, se considera un pecador que querría ser puro, pero sólo es impureza que no deja de pecar. Toda su conducta le separa de Dios, a quien ama y cuya pureza perfecta aspira alcanzar. Poco a poco el poeta va a vivir la tentación como una maldición. Todos los sentidos tiran de él hacia el mal. El gesto inocente de olfatear, de gozar de un perfume ya es pecado. La vida del poeta es una tortura continua. El drama del pecado condena al hombre a un dolor sin fin. Y surge la voz áspera, desesperada, de los *Silbos*. Una y otra vez el pecador regresa, dolorido, a su pecado; en esto consiste la maldición: en que Dios, sordo a los gritos de amor y de dolor, rechaza al pecador. Para él la vida se funda en el pecado, es pecado y el pecado es muerte.

La pena va a desempeñar un papel fundamental en toda la obra de Miguel Hernández. La pena se convierte en parte del ser. El odio al pecado lleva al poeta al odio de los hombres pecadores. Él mismo deseaba la muerte por aspiración a la pureza absoluta; le vemos ahora en el papel de cómplice activo de la muerte para escapar de las torturas de vivir, desesperado, muriendo a cada instante por verse incapaz de alcanzar lo absoluto del amor.

2- Pero poco a poco irá cambiando ese punto de vista. Si la muerte es la única salida para librarse de esos impulsos que lo torturan quizá sea el momento de verlo de forma distinta. En la creación dominada por el vicio, el deseo y todos los apetitos del cuerpo está el alma triunfante. Desde este nuevo punto de vista el mal ha quedado eliminado. El poeta parece dudar entre el amor de Dios y el amor de la mujer. Y no es porque la naturaleza del mal que sufre esté ahora clara en su conciencia, sino que se está sufriendo

un cambio. En Marzo de 1934, Miguel Hernández abandona Orihuela, donde ha conocido a Josefina Manresa, para ir a vivir a Madrid. La amistad y el amor, los encuentros y conflictos que provocan, van a inspirar la poesía de este período de vida interior atormentada y compleja. El poeta pasa del amor de Dios al amor de la mujer a través del mal de ausencia y las torturas del alma. Los libros de sonetos marcarán precisamente la etapa en que *El silbo vulnerado* se transforma decisivamente en queja de amor humano, pena de soledad de enamorado. *El silbo vulnerado* es un conjunto de poemas de amor que da fe de la importancia que toma el sentimiento amoroso, tema que acaba apartando a los demás, incluido el tema religioso del cual nace y que va a sustituir. Con *El rayo que no cesa*, Dios va desapareciendo de la perspectiva en que se inscriben los sonetos de amor. La duda sobre el destino del hombre desgarrar al poeta. Como la respuesta cristiana no le ha dado respuestas válidas, éste reinventa una religión de amor.

3- En una tercera etapa el cuerpo de la amada es evocado en los sonetos con un gran pudor mientras que Miguel Hernández no veía reparos, en sus primeros poemas, para nombrar las partes del cuerpo en las que se fijaba. El amor se ha diferenciado del deseo brutal. Ahora es plenamente espiritual y sentimental. El cuerpo de la amada es designado con sumo pudor. Hasta tal punto es la misma pureza que se convierte en perfume, en soplo, en huella incorpórea. La presencia física de la amada junto a él es tan violenta para su corazón y para su cuerpo como podría serlo en encuentro con la muerte. La pasión desgarrada que siente el amante nace del contacto con esa pureza. El poeta, sin embargo, se siente cada vez menos impuro en su amor, rechazándose a sí mismo cada vez menos. El tema del deseo como pecado se transforma esplendor vital. El poeta soñará con el triunfo de la impureza. El poema *Me llamo barro aunque Miguel me llame* tendrá como función expresar en futuro inmediato ese triunfo, explosión de la sangre. Afirmará la certeza de una victoria definitiva de la impureza. Entonces el pecado se afirma como única posibilidad de escapar a la muerte. Hondamente hambriento de amor, Miguel Hernández transforma su necesidad de ser amado en necesidad de amar. Su entrega es total, sin reservas. La obra se desarrolla entonces como un combate titánico. Para él cada fracaso es la muerte. El poeta asume entonces su cuerpo, acepta su sexo viril. Lo asume como impureza rebelde pero sin rechazo alguno.

4- Con el desamor empezará una nueva etapa. El poeta se siente rechazado sin esperanza por la mujer amada. Sufrió tanto que llegó a concebir la solución de la desesperación suicida. Con la negación de la amada que rechaza su pasión y su oferta, el corazón del poeta se encuentra igualmente hundido en las tinieblas exteriores y en la muerte. Bastaría una repuesta de amor a todo el amor que manifiesta el deseo del poeta para que estalle la alegría de la liberación.

*Me voy, amor, me voy, pero me quedo,
pero me voy, desierto y sin arena.
Adiós amor; adiós hasta la muerte.*⁵

No es que Josefina Manresa hubiera dejado de amarle. Lo que ocurría es que él, tras un largo proceso de sufrimientos y cavilaciones había llegado a la conclusión de que el sexo no era pecado, es más, que era la única forma de llegar a Dios. Pero la pobre Josefina, mujer de pueblo de los años treinta no lo tenía tan claro como él y no estaba dispuesta a pasar por la cama del poeta sin haberlo hecho primero por la iglesia. Miguel Hernández vivía este rechazo a sus requerimientos sexuales como un rechazó al amor.

La vista de la amada le trastorna el corazón y el cuerpo como ocurriría con la muerte. Los últimos sonetos de *El rayo que no cesa* expresan en imágenes de caída, de hundimiento, el horror de la muerte absurda que habita sin cesar el corazón del poeta. La pena de amor, tema único de los *Sonetos*, no será superada en ellos, los cuales, más que poemas de amor, son poemas de la negación de amor y de la desgracia de amar.

1935 fue casi un año de ruptura, de frialdad en todo caso, de interrupción de relaciones por carta, a pesar de los reencuentros del verano, con la novia de Orihuela. Fue también el año del encuentro en Madrid de un amor de breve duración, el de la joven artista dibujante de la que solo se conoce la inicial del nombre M... Los fragmentos conocidos de su correspondencia con Josefina Manresa permiten suponer que el poeta vivió entre las dos jóvenes mujeres un debate y la puesta en duda de su amor. El momentáneo alejamiento sentido hacia Josefina se expresa con claridad, pero no sin escrúpulo y quizá no sin remordimiento.

⁵ *Ibid.*

“Mira Josefina, creo que no podré ir a Orihuela ni para agosto siquiera. No te quiero engañar... No es que me haya engañado contigo, Josefina, la que tal vez se haya engañado eres tú: eso te lo digo no como reproche a ti sino a mí mismo: me parece que no soy el hombre que tú

necesitas. Yo soy un hombre que se olvida a veces de muchas cosas, tú no te olvidas de nada, nunca; yo tengo mi vida aquí en Madrid, me sería imposible vivir en Orihuela, ya; tengo amistades que me comprenden perfectamente, ahí ni me comprende nadie, ni a nadie le importa nada lo que hago... Yo quisiera, Josefina, que no sufrieras tanto por mí, que te olvidaras un poquito de mí; no creo que te sea difícil. Te permito hasta que se arrime alguien; de lo contrario veo que vas a sufrir mucho, porque vas a estar sola mientras yo no vaya, que Dios sabe cuándo será”⁶.

Cuando termina a principios de 1936 la crisis sentimental, importante pero cuyo alcance real es difícil precisar, Miguel Hernández sentirá la necesidad de explicar la semi-ruptura de 1935:

“Nunca te he aborrecido, Josefina. Me sentí un poco separado de ti, pero al fin he comprendido que eres tú la única mujer con quien he de vivir toda mi vida. Perdóname y escíbeme con la confianza de antes.

Yo por mi parte siento que haya ocurrido entre nosotros lo que ocurrió. Estoy arrepentido y yo sé que tengo toda la culpa. Te confieso que he tenido una experiencia muy grande aquí, y que me encuentro muy solo. He sabido que mujeres como tú hay pocas y he apreciado más tu valor de esta manera... No te engañes ni me engañes a mí y dime, haz el favor de decirme, si aún puedo contar con tu apoyo en mi vida.

Todos los versos que van en este libro son de amor y los he hecho pensando en ti, menos unos que van a la muerte de mi amigo (El rayo que no cesa).”⁷

Me llamo barro desarrolla ampliamente el mismo tema de los sufrimientos de la pena de amor, oponiendo a la pasividad del amante y a su complicidad con la muerte el tema del triunfo físico del amor viril. Aquí aparece de nuevo la inversión de los valores esenciales: la pureza está en la aceptación del cuerpo y del deseo sexual y no en la negación. La culpabilidad tan atrocemente castigadora expresada en la serie de los *Silbos*, resulta burlada. El amor expresado por el deseo masculino adquiere la dignidad de una felicidad sin rodeos.

*¡Ay que ganas de amarte contra un árbol,
ay que afán de trillarte en una era!⁸*

⁶ Marie Chevalier, *Op. cit.*.

⁷ *Ibid.*.

La culpabilidad cambia de sentido. Los culpables son la indiferencia y la frialdad femenina. *Mi sangre es un camino* exalta el instinto natural de la sangre que encadena el hombre a la mujer mediante la unión sexual, y el hombre a los otros hombres mediante la hermandad carnal. En *Me sobra el corazón*, la tentación del suicidio es su tema clave. La causa reconocida por el poeta es la incomunicación amorosa, la negación del amor cuyo horror cantan los sonetos. La falta de amor es el mal, la desgracia, la muerte y constituye un vacío central que ninguna otra cosa puede llenar. Ante esta carencia de amor el poeta experimenta su libertad de amar. La entrega de amor como respuesta humana a la carencia de amor. Una inmensa sed de amor llena el corazón del poeta, una sed de amor que supera con mucho el amor personal. El amor es la base del ser humano, pero también intensificación de la vida.

El acto sexual se describe en su noble realidad, sin imágenes románticas ni platonismos. Es un ardiente amor carnal. La esposa es una criatura de carne. Miguel está ya muy lejos del ideal femenino romántico. El amor es choque de cuerpos, unión sexual como exigencia de la naturaleza y rito mágico provocado por el instinto.

*Daré sobre tu cuerpo cuando la noche arroje
su avaricioso anhelo de imán y poderío.
un astral sentimiento febril me sobrecoge,
incendia mi osamenta con un escalofrío...*

La sombra pide, exige seres que se entrelacen...

*Pide que nos echemos tú y yo sobre la manta,
tú y yo sobre la luna, tú y yo sobre la vida.
Pide que tú y yo ardamos fundiendo en la garganta,
con todo el firmamento, la tierra estremecida.⁹*

Miguel Hernández exalta constantemente la exigencia sexual como fuerza de vida. La castidad, al contrario, es para él fuerza de muerte en su totalidad. En la unión sexual, el poeta participa de un misterio

⁸ Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia: *Op. cit.*

⁹ *Ibid.*

sagrado; la felicidad que siente le sorprende. Es presa de una fuerza superior, como si viviese un fenómeno de posesión mística.

Por lo que se refiere a la vida privada, el encuentro del amor aplicado a una persona y el nacimiento de un hijo, tan necesario y tan deseado, pudo colmar el corazón del poeta. La esposa y el hijo abren la puerta al futuro, lanzan un puente entre el ahora y la eternidad. Pero cuando el hijo muere, esa eternidad desaparece. Esa vida ya no tiene futuro. Los poemas *Vuelo* y *Sepultura de la imaginación* expresan la destrucción de la esperanza en el hombre y quizá hasta la ruina misma de la esperanza absoluta, cuyo ejemplo era el amor consagrado a la esposa y al hijo. Con la muerte del hijo la felicidad conyugal, tan plenamente sentida antes, sobrevive a la desgracia, pero a veces la cuchillada interior de la pena la empaña. La gran verdad del amor compartido atrae la desgracia. Más tarde el segundo hijo viene al mundo. El poeta lo vive como un regreso del primero, como el regreso del primer sol después de una terrible tormenta, y el grito de dolor se cambia en grito de felicidad.

Él ama con pasión, su amor es inmenso pero realista. No se deja llevar por los ideales del amor romántico. Conoce la vida y sus limitaciones.

*Porque el amor no es perpetuo
en nadie ni en mí tampoco...
Cansado de odiar, te amo.
Cansado de amar, te odio.*¹⁰

Toda su obra no es sino un desafío del amor para llegar al ser.

LA MUERTE

El sentido de la muerte y el tema social son, con el sentimiento amoroso, los grandes temas de la poesía de Miguel Hernández. Hombre del pueblo, compartió sus angustias y sus penas y mostró siempre la más viva solidaridad con las gentes del trabajo, del sufrimiento y de la esperanza.

¹⁰ *Ibid.*

Él mismo las experimentó a lo largo de su dura existencia desde su muy corta infancia. Según nos dice en una corta prosa poética, *Miguel y mártir*:

“¡Todos! los días, elevo hasta mi dignidad las boñigas de las cuadras del ganado, a las cuales paso la brocha de la palma y caña de la limpieza.

¡Todos! los días, se elevan hasta mi dignidad las ubres a que desciendo para producir espumas, pompas transeúntes de la leche; el agua baja y baja del pozo; la situación crítica de función de mi vida más fea, por malponiente y oliente; los obstáculos de estiércol con que tropiezo y que erizan el camino que va de mi casa a mi huerto; las cosas que toco; los seres a los que concedo mi palabra de imágenes; las tentaciones en que caigo...

*¡Todos los días! Me estoy santificando , martirizado y mudo”.*¹¹

No hay que olvidar que el poeta se crió entre campesinos, labradores y gente del pueblo. Vivió de primera mano el sufrimiento de los explotados, de los pobres, él mismo se vio incluido en este segundo grupo, por lo tanto llevaba en la sangre la semilla de la lucha social. Se sentía parte del pueblo explotado y responsable de su liberación puesto que poseía una poderosísima arma en sus manos, sus poemas.

Bajo los dramáticos acontecimientos de la guerra civil, la poesía se convierte en un signo de compromiso. Múltiples tipos de temas y puntos de vista, desde un poema directo de las trincheras al que medita sobre el sentido profundo de la guerra, del que exaltadamente convoca al combate al que se convierte en provocación contra los opresores. Hay dos clases de poetas, los que consideran que vida y muerte son cosas distintas, y aquellos que sienten la muerte como parte del propio vivir. A Miguel Hernández le encontramos en muchos poemas contagiado de la segunda actitud.

Los poemas de combate o poemas de propaganda de Miguel Hernández forman un grupo bien delimitado. Se trata de *Viento del pueblo*, aparecido en 1937, y de *El hombre acecha* impreso precisamente en 1939, al final de la guerra. La derrota impidió su publicación. También algunos poemas reunidos bajo el título *Otros poemas* en *Obras completas*. De la reflexión común de los luchadores de la época queda un documento de primera importancia y del que Miguel Hernández es uno de los firmantes. Se trata de la ponencia colectiva presentada por los españoles en el Congreso de la Liga Internacional de Intelectuales Antifascista, celebrado en Valencia en 1937. *Viento del pueblo* es el primer libro de poemas

¹¹ Arcadio López-Casanova: *Miguel Hernández, pasión y elegía*, Anaya, Madrid, 1999.

de guerra publicado en Valencia por la sección de ediciones del Socorro Rojo. Se trata de un conjunto de veinticinco poemas escritos en apenas un año -el primero de la contienda-, y que no presenta orden especial. El segundo poema de *Viento del pueblo*, dos meses después del principio de la guerra, está dedicado por entero al tema compromiso

personal con el pueblo. Acentos de amor marcan el poema que expresa esa doble participación.

*Si yo salí de la tierra,
si yo he nacido de un vientre
desdichado y con pobreza,
no fue sino para hacerme
ruiseñor de las desdichas,
eco de la mala suerte,
y cantar y repetir
a quien escucharme debe
cuanto a penas, cuanto a pobres,
cuanto a tierra se refiere.*¹²

Ganar la guerra es para él defender la revolución. Todo *Viento del pueblo*, y casi todo *El hombre acecha* reflejan esa llamada. El compromiso marxista es vivido por Miguel Hernández como una entrega, a veces como un fanatismo. Los móviles de la acción combatiente son la sed de justicia, la generosidad y una inmensa necesidad interior que el poeta no ha dejado de expresar desde siempre, necesidad de amar y de ser amado, necesidad tan violenta que se confunde con una aspiración a confundirse con el objeto de su amor. El sentimiento de fraternidad que siente el poeta respecto a los explotados es caluroso. Cuando los nombra, la llamada al combate reviste acentos de una llamada en la que habla el corazón. Hay una transfiguración poética del hombre en el trabajo. La poesía es esencia misma del pueblo, con raíz en la tierra, y el poeta, intérprete de sentimientos colectivos, reflejo de una realidad presente. No es, pues, una poesía meramente circunstancial, sino basada en motivaciones auténticas. Sus ejes fundamentales son el amor al pueblo y el amor a España.

La breve e intensa vida poética de Miguel Hernández no llega a una década. De 1932 son sus versos ya estimables, y en 1941 casi había dejado de escribir. En ese breve espacio de tiempo, la idea de la muerte encontró diferentes formas expresivas. Llamar al cementerio “patio de vecindad” es una imagen que aparecerá en el poema *Vecino de la muerte*. El ataúd, con tapa de cristal, llamado “diamante fino”, se repite en el poemita a la hermana muerta. No puede extrañar que también ése sea un poema sin drama ni angustia, porque a Miguel se le murieron tres hermanas, pero siendo él aún niño. Cuando murió la

¹² Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia: *Op. cit.*..

última, tenía él nueve años: la impresión, al revivirla en los versos, no puede ser sino vacía y vaga. Después de su segunda detención el 29 de septiembre de 1939, el poeta ya no escribió casi nada. Podemos considerar que *Cancionero y romancero de ausencias* y *Últimos poemas* están escritos casi en su totalidad entre la fecha del matrimonio del poeta y la de su segundo encarcelamiento. El poeta, del primero al último verso de este conjunto, hace balance de toda su experiencia de vida social y privada.

Un paso más y la muerte ya no va a ser descrita, imaginada, soñada... va a ser vivida. El poeta va a vivir tiempos de muerte: gentes de su patria, amigos, compañeros, su propio hijo. Son muertes violentas, muertes injustas en cuanto que no nacen del natural curso de la vida, sino de unas circunstancias externas. Por eso en el dolor hay indignación.

*Qué sencilla es la muerte, qué sencilla
pero qué injustamente arrebatada.
No sabe andar despacio y acuchilla
cuando menos se espera su turbia cuchillada.*¹³

El 19 de octubre de 1938, con sólo diez meses murió el primer hijo del poeta: Manuel Ramón. Como si todas las muertes de la guerra, todas las muertes del mundo acumularan sus inmensas tragedias en aquel pequeño cuerpo sin vida, tan suyo y tan querido, el poeta escribe las más conmovedoras y penetrantes elegías. En ellas, no cuentan ya los valores retóricos, no cuenta la belleza; ni siquiera cuentan los grandes temas heroicos: cuenta sólo la más desnuda, la más pura verdad poética y humana.

El Cancionero como diario o autobiografía lírica queda organizado en torno a dos ejes de privación. La privación motivada por la muerte es la asociada al tema del hijo, organizada en un importante número de poemas. El hijo muerto se siente vivo, hecho huella. Con ese mismo acto de ternura, su muerte se canta como un “no querer ser” de la criatura que, intuyendo un doloroso futuro, prefirió detener sus latidos al empezar la vida. El poeta nos hace compartir sus aspectos más dolorosos. Es la puñalada en el corazón ante unos pañales que todavía conservan el olor del niño muerto, el recuerdo obsesionante de una fosa minúscula:

¹³ *Ibid.*

*Era un hoyo no muy hondo,
casi en la flor de la tarde.
No hubiera cabido un hombre
dentro de la tierra angosta.
El cupo: para su cuerpo
aún quedó anchura de sobra,
y no la quiso llenar
más que la tierra que arrojan.*¹⁴

Una segunda privación- la generada por el núcleo cárcel- se orienta hacia la relación amorosa y la figura de la esposa. Es espacio carcelario aparece como lugar de aislamiento en el que el amante vive su soledad de amor. La figura de la amada es reflejo de una ausencia que el poeta siente clavada en el corazón. No obstante, la fuerza del amor es la que le hace sobreponerse siendo entonces la imagen de la esposa lejana la que mantiene la libertad de los dos.

Ramón Sijé, su mejor amigo, muere el día de Navidad de 1935. La muerte se transforma entonces en manotazo duro, golpe helado, hachazo homicida. Nada queda de su seducción. El poeta grita su dolor y su rebeldía. Nada puede calmar ese terrible sufrimiento que le ahoga y le destroza el alma. Miguel Hernández quiere devolver la vida a la carne. Quiere a su amigo vivo, como persona sensible y presente, o sea, resucitado entre los muertos. Pero con su limitación poética sólo puede expresar la impotencia y el dolor sin límites. La tierra que cubre esa multitud de cuerpos ya no ofrece la imagen de una continuidad de la vida que no podría perderse, brotar de plantas cuya savia prolonga la energía de la sangre. Ya sólo representa la materia prima viva y torturada ofrecida a la actividad caprichosa de un Dios que fabrica a gusto suyo utensilios sin sentimientos. La elegía a Ramón Sijé vibraba precisamente por la intención desesperada de creer en esa resurrección tan prometida que llega a ser realmente increíble, denota esa necesidad vital de creer en que aún queda alguna esperanza, por remota que sea, de que vuelva su amigo del alma a quien se niega a decir adiós. Este esfuerzo hacia el heroísmo se hace para el poeta la más alta, la más sensible prueba de heroísmo. En esta elegía la muerte se ha convertido en una auténtica enemiga odiada y despreciada por lo injusto de su naturaleza.

Sin embargo para los amigos caídos en el combate, la muerte es presentada desde un punto de vista distinto que impide las lágrimas. Cuando muere el cubano Pablo de la Torriente, comisario político, el

adiós al difunto no lleva ninguna queja. El poeta tiene la necesidad interior de creer que los muertos sobreviven, sienten y palpitan, con una increíble mentira que sólo sirve como pura propaganda. Pero el heroísmo de este rechazar la pena se confunde demasiado fácilmente con la necesidad de negar la muerte para evitar el dolor a los combatientes a quienes se manda a morir, gracias a las mentiras de la propaganda. La elegía a Pablo de la Torriente puede conmovernos en la perspectiva de esa doble superación: la que consiste en esta mentira bien evidente con la que el poeta puede soportar el dolor que supone la muerte, y la de la poesía de propaganda, convertida en pasión pura, sin intención de disimulo. La poesía de propaganda se hace entonces poesía heroica y de combate, lo cual es muy distinto. Anima al soldado a la lucha y justifica la pérdida humana en bien del prójimo explotado y de la madre patria.

BIBLIOGRAFÍA

Cano Ballesta, Juan: *El hombre y su poesía*, Cátedra, Madrid, 1981.

Chevalier, Marie: *Los poemas poéticos de Miguel Hernández*, Siglo Veintiuno editores, S.A., Madrid, 1978.

López-Casanova, Arcadio: *Miguel Hernández, pasión y elegía*, Anaya, Madrid, 1993.

Luis, Leopoldo de: *Estudios previos a Miguel Hernández. Poemas sociales de guerra y muerte*, Alianza Editorial, Madrid, 1977.

-----: *Estudio previo a Miguel Hernández. Poemas de amor*, Alianza Alfaguara, Madrid, 1969.

Luis, Leopoldo de, y Urrutia, Jorge: *Miguel Hernández, obra poética completa*, Alianza Editorial, Madrid, 1982.

¹⁴ *Ibid..*